



José Luis Reyna

Panorama incierto

La crisis financiera sigue amenazante. Falta tiempo para que los mercados se estabilicen. Mientras tanto la recesión, consecuencia de la crisis, tiende a globalizarse. La coyuntura actual frenará inevitablemente el crecimiento económico, alimentará el desempleo, y el poder adquisitivo de la sociedad sufrirá mermas significativas. El Banco de México ha pronosticado que, en 2009, el crecimiento del PIB oscilará entre 0.5 y 1.5 por ciento. Predicción sombría. Un año más en que el país seguirá abajo del promedio de expansión económica del mundo y de América Latina. El pronóstico del banco central mexicano implica que el crecimiento del ingreso por habitante será negativo. El retorno de muchos de los que se fueron al país vecino en búsqueda del sueño americano agravará aún más las cosas pues, además de que el flujo de remesas decrecerá, las oportunidades de empleo aquí serán escasas sino es que nulas. La crisis ha generado un panorama incierto.

Paul Samuelson, uno de los gurús del capitalismo, recién publicó un artículo en que le dice adiós al capitalismo de Friedman y Hayek (*El País*, 26/X/08). Su argumento es simple de exponer aunque difícil de asumir: "los sistemas de mercado no regulados acaban destruyéndose a sí mismos". Piensa, sin embargo, que el mercado redefinido (¿cómo?) se mantendrá como el centro del sistema capitalista. El Estado, empero, volverá a jugar un papel protagónico, pues mientras se encuentran las nuevas reglas del juego mercantil, su intervención no sólo es necesaria; es fundamental. Sirva de prueba el enorme Fobaproa diseñado por el gobierno estadounidense.

Esta crisis redefinirá los parámetros del sistema económico mundial. La conjunción de la democracia y el mercado libre ha fallado. Se desajustó uno de los componentes del binomio. Es deseable que no afecte al régimen democrático, pues de ocurrir, entonces entraríamos en una zona catas-

trófica. De nuevo, el Estado será la entidad que tendrá un papel crucial para sostener el marco político en el que la mayor parte de la humanidad vive en la actualidad.

En pocas palabras: la política tiene que organizar la economía evitando, después de la sacudida global que esta crisis ha provocado, la inestabilidad y el desequilibrio económicos, sin apartarse de la democracia. Ésta tiene que reordenar el mercado. Que éste se una condición del desarrollo y no de las prácticas inmorales que se asocian con el beneficio rápido y la especulación desmedida.

Hace poco habría sido inimaginable "meterle mano al mercado". Este fue concebido como una entidad autosuficiente, autorregulable y (casi) perfecta. Una entidad en la que la racionalidad era su distintivo. El intervencionismo político era impensable ante esa entelequia llamada mercado. Sin

**La política tiene
que organizar
la economía
y evitar la
inestabilidad y
el desequilibrio,
sin apartarse
de la
democracia.
Tiene que
reordenar
el mercado.
Mientras eso
ocurra, el
panorama es
incierto**

embargo, la crisis actual demuestra que ésa no era la realidad. El lucro se volvió el objetivo. El consumismo su instrumento. La



combinación de ambas cosas hirió profundamente el mercado y ahora habrá que pagar por las consecuencias de una euforia económica que resultó ficticia, que hacía crecer los mercados bursátiles a niveles insospechados. En efecto, crecieron y de la misma forma cayeron: de manera estrepitosa. Se premió a la especulación sobre cualquier cosa y ahora hay que pagar la factura de los especuladores. El problema es que la "cuenta" tiene que ser dividida

entre todos.

La crisis no ha terminado. Falta, además, ver las secuelas que deje, cuando tenga a bien concluir. México, un país que depende de la economía que detonó la debacle mundial, tendrá que enfrentar el desempleo de aquellos que ya no tendrán una oportunidad en las maquiladoras, la búsqueda de un trabajo de los migrantes que, en cantidades significativas, retornan. Se está formando un caldo de cultivo propicio para el reclamo social. Y de éste al estallido, hay un paso.

La crisis ha traído temor. El miedo de perder los ahorros, el empleo, el nivel de vida. La crisis es inseguridad económica. Ésos son los retos que trazan un panorama incierto. La violencia que azota

el país puede recrudecerse, como fue el caso mexicano en 1995, año en que nuestra economía se contrajo en siete puntos porcentuales.

La racionalidad tiene que imponerse sobre todos los intereses de grupo, de partidos, de gobernantes. Estimular el mercado interno por la vía del gasto público (Krugman) es una alternativa para atenuar los efectos de la desestabilización en la que el planeta ha entrado. Alguien puede decir que de esta crisis saldremos fortalecidos; con nuevas reglas y con el replanteamiento de los objetivos que se desprenden de la relación entre la democracia y el mercado. Mientras eso ocurra, el panorama es incierto. ■ M

jreyna@colmex.mx

